

Ramón en 1936, representa sólo un refugio más, pues si bien llegó a ser el definitivo (aunque viajara a España después), no fue el primero. Mucho se ha hablado del madrileñismo ramoniano, amor a Madrid indudable que el mismo Ramón cultiva³⁰. Menos suele recordarse que Madrid se le va volviendo progresivamente desabrido y agobiante, de lo que parece tomar plena conciencia precisamente tras su primer viaje a América en 1931 (véase II, pág. 548). Pero hay que recordar también ahora que ya desde antes (y desde antes de los años que se le figuran apocalípticos), Ramón había construido «el chalet ideal» en Portugal (II, pág. 444), y había ya descubierto el «rincón ideal del mundo» en Nápoles (II, pág. 457)³¹. El exilio a América así resalta como la culminación de un anhelo de años, intensificado durante la década de los treinta por las peculiares condiciones históricas por las que atraviesan España y Europa en general.

El cosmopolitismo de Ramón, esos viajes a París, Londres, Berlín, etc., responde también, pues, a una necesidad psicológica en él de encontrar refugio, refugio de la historia en concreto, y refugio de la vida adulta en general. De esto último hablaremos más en detalle dentro de poco. Antes conviene dejar del todo claro aquella otra cuestión histórica, la cual sólo hemos visto hasta ahora en su versión o manifestación más radical, cuando Ramón decide abandonar el escenario histórico del Viejo por el del Nuevo Mundo. Esa decisión y acto están motivados, sin embargo, por una convicción de parte de Ramón que sí hemos mencionado, aunque sólo de pasada. Se trata de que el mundo ha entrado para él dentro de una etapa cínica, como ya hemos visto. Parece convencido Ramón de que el siglo XX ha venido a destruir ciertos valores humanos aún vivos en el XIX. Algo de esto puede entreverse ya en sus comentarios que contrastan a España y Portugal, tras su viaje a este país vecino en 1915: «Había dejado aquel pueblo (habla de Portugal, claro está), inefable que entonces vivía aún la existencia llena de ilusiones y esperanzas del siglo XIX aun con todo el progreso del XX, y entraba en el Madrid escéptico, escarbador, en la anatomía de la vida hasta hallar el esqueleto de la muerte» (I, pág. 307). Poco después, y justamente en el capítulo en que se encuentra esa calificación de cínica en cuanto a la época contemporánea, reflexiona Ramón sobre la cuestión generacional, reconociéndose miembro de una generación diferente —y más sana—, de la que está surgiendo en esos momentos (véase I, pág. 314). Sucesos posteriores le confirmarían su tesis de que el mundo iba de mal en peor, teniendo que resignarse Ramón al exilio americano, por un lado, y por el otro, a esa utopía futura y antihistoricista de la que ya se ha hablado.

Es interesante que la infancia de Ramón haya transcurrido durante el siglo XIX,

³⁰ *Automoribundia* reproduce, sin contradecirla, desde luego, la siguiente afirmación de Benjamín Carrión: «Ramón regresa a Madrid. No puede vivir lejos de Madrid» (II, pág. 532). *Nostalgias de Madrid* bien podría ser un título ramoniano aplicable a más de una obra suya. Rodolfo Cardona, en su «Presentación general de Ramón», de Ramón Gómez de la Serna, *Greguerías*, pág. 12 (Madrid, Cátedra, 1979), brinda una lista de títulos ramonianos dedicados a Madrid. Cardona, sin embargo, no se ha olvidado de señalar antes algo en que estamos a punto de insistir nosotros, y es que «A pesar de su amor a Madrid, Gómez de la Serna flirteó con varias otras ciudades europeas...» (pág. 11).

³¹ Aunque Ramón no da las fechas concretas de estos viajes (que tampoco fueron los primeros a esos países), por la referencia que hace a una publicación en II, pág. 453, se ve que era por el año de 1926.



Ramón, 1922.

entrando en la adolescencia junto con el XX, y en medio de una serie de acontecimientos en los que el trauma colectivo-histórico-nacional complementa el individual y familiar. Por lo pronto, el desastre del 98 repercute directa y tristemente en la familia Gómez de la Serna, por cuanto el padre queda cesante a la vez de dos empleos: el del Ministerio de Ultramar, y como colaborador del periódico *El Comercio*, de Manila (I, pág. 102); la «hilera interminable» (I, pág. 101) de mendigos que se le figura España al «niño delirante y suicida» (*loc. cit.*), conforme se describe a sí mismo Ramón, tiene cierto paralelismo, pues, con la propia situación familiar del narrador, lejos como haya estado ésta de convertirse en realmente pobre³². Pero será otro acontecimiento, nada histórico, aparentemente nimio y, sin embargo, tremendamente trascendental para ese niño, el que tendrá mayor importancia ahora. Calificado por Ramón de «quizá..., la escena culminante y capital de su vida» (I, pág. 128)³³, se trata simplemente de la eliminación de la barba del padre, lo que para Ramón se convirtió en todo un símbolo histórico: «Aquello señaló una diferencia de época inquietante» (*loc. cit.*), para añadir poco después: «Ese susto del padre que se afeita no es ya común a las generaciones recientes de hoy, pero nos aclaró muy bien a algunos lo que se llama las dos vertientes del siglo, un viraje rápido, su otra vida dentro de la misma vida» (*loc. cit.*), y ver en la nueva estética masculina una colectividad menos individualizada, «ya todos afeitados, todos en más airada competencia» (I, pág. 129).

³² De nuevo hay que cuestionarse, siquiera para matizar, esa supuesta pasividad histórica de Ramón que le atribuye Umbral, y muy en especial ahora la afirmación de que «no le importa para nada el Desastre, la Historia, las Colonias...» (Umbral: *ob. cit.*, pág. 41).

³³ El uso de la tercera persona aquí responde al uso del pronombre indefinido («quien» en este caso), remitible al narrador.

Lo interesante de todo esto es, desde luego, que nos devuelve a la realidad integral de la necesidad psicológica que, por razones de mayor claridad, hemos dividido en dos. Queda del todo claro ahora, pues, que la búsqueda de refugio histórico es simplemente la otra cara de la búsqueda del paraíso perdido de la infancia. Y si el viaje de exilio a América, como ya se ha dicho, resulta ser en el fondo la culminación de un viaje a Portugal, y otro a Nápoles, etc., todo viene a integrarse en la búsqueda central y mayor de un mundo idílico, que a su vez también radica en una infancia decimonónica que se contrapone a la adolescencia y vida adulta del siglo XX. Es decir, la trayectoria histórica y personal siempre están unidas y motivando así, conjuntamente, dicha necesidad psicológica de refugio y paraíso.

Sin duda alguna, este caso de idealización del pasado, tanto a nivel histórico como personal, se encuentra con relativa facilidad y frecuencia a lo largo de la historia occidental. La diferencia ahora con respecto a Ramón es una de intensidad, y de tal grado, hasta adquirir proporciones cualitativas más que cuantitativas. *Automoribundia* no es simple y llanamente una obra más que expresa la idea de que «cualquier tiempo pasado fue mejor», sino que esa idea, aplicada específicamente a la infancia, es *Automoribundia*, por así decirlo ³⁴.

Tras lo cual, podemos entrar ya de lleno a considerar ese otro aspecto —el infantil— de la búsqueda del paraíso perdido. Por lo pronto, y de golpe, se habrá previsto la íntima relación, y explicación, que guarda el tema ante la personalidad biográfica y creadora de Ramón. La estética «infantil», por así decirlo también, de Ramón, hunde sus raíces psicológicas en este trauma de infancia, de una infancia de la que no quiere salir, y a la que quiere constantemente regresar, y de una forma más marcada que la que podría darse en la mayoría de las personas. Al menos, eso mismo es lo que indica dicha estética, la cual se ve apoyada por ciertas actitudes vitales a lo largo de la vida de Ramón.

Es notable la cantidad de términos y conceptos que nos remontan a la infancia en la lectura de *Automoribundia*, la cual, como autobiografía que es, repite en estos casos muchas de las actitudes y acontecimientos de la vida de Ramón que ya conocíamos por otras fuentes, para repetirlo. Ahora, sin embargo, podemos —y debemos— enfocar el tema a la luz de esa búsqueda de refugio y paraíso. Es así que ciertos vocablos, aparentemente casuales, o desprovistos de mayor carga semántica, cobran un significado insospechado. Como cuando Ramón se refiere al café y la tertulia «Pombo» con ese mismo término de «refugio» (I, pág. 363), o como cuando nos dice que «En el circo todos volvemos al Paraíso primitivo» (I, pág. 351). La imagen de Ramón leyendo una conferencia desde un trapezio (I, pág. 357), o un discurso desde

³⁴ Por otro lado, tampoco deja de ser interesante registrar esa idealización y pensamiento identificados con la mentalidad conservadora y tradicionalista en general, en quien llegara a ser considerado como el gran vanguardista español de su momento, si bien el caso no es insólito en la literatura, la cual registra una y otra vez esa contradicción entre personalidad existencial y literaria (baste recordar aquí los estudios de Georg Lukács dedicados a Balzac, por ejemplo, «Balzac: *The Peasants*» en *Studies in European Realism*, New York, Grosset & Dunlap, 1964), págs. 21-46, especialmente pág. 21.